

La teoría de la comunicación y los retos de la modernidad

Víctor PERALTA RUIZ

INTRODUCCION

LOS VERTIGINOSOS cambios que están ocurriendo en el mundo han afectado el sentido que tradicionalmente tuvo la teoría económica y lo mismo puede decirse que le ha pasado a la teoría política. Hoy se vislumbran drásticos reordenamientos en las economías —mundo al son del capitalismo y un correspondiente deseo de conformar un nuevo ordenamiento internacional que profile mejor las fronteras entre naciones ricas y pobres. Pero al fenómeno anterior se une otra transformación global más profunda, por abarcar el rumbo del propio sistema social, y que ha sido propiciada por el brusco emerger de nuevas tecnologías de la comunicación más al alcance de los receptores. Ese repentino desarrollo de los massmedia ha obligado igualmente a la teoría de la comunicación a replantear sus esquemas tradicionales. En la medida que las variaciones en los sistemas sociales condicionan el grado de complejidad de los subsistemas políticos y económicos, y éstos hacen posible la comprensión de aquél, los teóricos de la comunicación han interiorizado que sus áreas de discusión van de la mano con el rumbo transparente pero plagado de incertidumbres que viene experimentando el proyecto de la modernidad. En esa perspectiva los nuevos apocalípticos e integrados ante la reciente cultura de masas hacen su aparición en el mundo académico europeo anunciando respectivamente ya sea el trágico fin o el renacimiento del proyecto moderno.

Las sociedades en América Latina no discurren al margen del patrón mundial arriba descrito. Las sociedades latinoamericanas han dado por hecho su inserción en un tipo de relación económica cada vez más definida por "las reglas del mercado" y aceptan hoy que la conclusión de su modernidad va de la mano con el

asentamiento de las normas democráticas y la convivencia universal de los estados nacionales. Pero la aguda crisis económica que soportan, la marginalidad social que todavía impera y los trastornos políticos que afectan la estabilidad democrática hacen que la continuidad del proyecto moderno en América Latina sea una tarea de imaginación y no tanto de imitación. Reto que se complejiza aún más cuando las sociedades latinoamericanas no han logrado superar el "uso subdesarrollado de las tecnologías desarrolladas",¹ uno de cuyos ejemplos es el influjo actual de los medios de comunicación sobre la actitud cotidiana del conjunto de la población. Las mediaciones conflictivas que se establecen en los medios masivos entre culturas hegemónicas y populares² no parecen tener como finalidad más que la mutua exclusión de uno u otro en vez de propiciar el desarrollo de la pluralidad y la heterogeneidad cultural como el mejor modo de enfrentar los retos de la modernidad. La teoría de la comunicación en América Latina aparece en ese contexto limitada metodológicamente, síndrome que comparte con algunas posiciones desde las ciencias sociales, por sus preferencias políticas e ideológicas que la obligan a indagar la posibilidad de la cultura popular como cultura nacional. La complejidad del sistema social y los mundos de vida por eso mismo les resulta demasiado ajeno como problemática y como evidencia.

Si se trata de adecuar el pensamiento crítico latinoamericano a los nuevos rumbos de la modernidad universalizada entonces debiera verse la posibilidad de pensar la política mundial, la economía-mundo y la comunicación internacional no tanto como obstáculos sino como sistemas propicios de adaptar imaginativamente a las circunstancias que atraviesa la propia heterogeneidad cultural. Ese reto implica ante todo una reelaboración metodológica que en el plano de la comunicación lleva a reflexionar los peligros o posibilidades que la modernidad conlleva para la comunicación. Y, en seguida, obliga a pensar el lugar que los medios de comunicación ocupan en la vida de los sistemas sociales modernos.

1. LOS NUEVOS APOCALÍPTICOS E INTEGRADOS

La importancia que siempre tuvieron los medios de comunicación en el proceso de consolidación de las sociedades modernas fue un aspecto generalmente asumido aunque desde ópticas distintas tanto por los defenestradores como por los benefactores de la cultura de masas. En el devenir de una sociedad civil secularizada el desarrollo de la imprenta, la prensa y la radio contribuyeron a la formación de la opinión pública, una esfera que

1. Horacio Godoy. "Usos de la socioinformática. Las tecnologías avanzadas de información y su aplicación en las sociedades subdesarrolladas". En: *Telos. Cuadernos de comunicación, tecnología y sociedad*. Nº 27, Madrid, septiembre-noviembre de 1991.

2. Jesús Martín-Barbero. *De los medios a las mediaciones*. Gustavo Gili, México, 1987.

continuará su desarrollo vinculada a los mecanismos de la información y de la comunicación social. Pero hoy esta sociedad moderna parece estar dejando de ser alimentada simplemente por el influjo de los medios conforme se acerca a su finalidad, es decir a su plena realización como proyecto. La modernidad que usó a los medios como medio para realizarse parece agotarse, ahora quienes acuñan el nombre de post-modernidad para la sociedad lo hacen en referencia a un fenómeno que aparece cada vez más transparente en ella: las comunicaciones se convierten en la propia finalidad de la sociedad. Ese paso a una sociedad de la comunicación, donde los *mass media* desempeñan un rol fundamental no tanto por mostrarnos a ésta en su transparencia o iluminación sino en su complejidad caótica y plural.³

Si atrás han quedado afirmaciones apocalípticas como la de la escuela de Frankfurt acerca de la industria cultural y el influjo de los medios masivos como factores de la manipulación, homogenización y el control total de los ciudadanos, este concepto resulta aún exitoso entre los intelectuales populistas de la cultura y la comunicación latinoamericana. Lo que ha ocurrido contrariamente a lo pronosticado por los apocalípticos de la industria cultural y los partidarios de una política populista contra la alienación cultural es que en la actual sociedad de la comunicación generalizada los medios lejos de imponer la homogenización se han convertido en artífices de una explosión y multiplicación generalizada de visiones del mundo. Este es un fenómeno de manifestaciones universales, si las sociedades latinoamericanas lo viven traumáticamente es porque la experiencia de la modernidad aunque plenamente asumida fue un proyecto parcialmente aplicado. El acceso a la palabra de todas las subculturas del mundo ha roto con la vieja idea del modelo ideal de emancipación humana para adentrarnos a otro tipo de emancipación: el de propiciar la total liberación de las diversidades.⁴ Las amenazas más importantes de una sociedad volcada hoy a la experiencia de la ambigüedad vienen dadas por el modo como los consumidores de cultura y la propia opinión pública pueden aceptar la mediación cultural como una imposición, al punto tal de interiorizarla como norma y sufrir por no estarla alcanzando.⁵ El consumismo desenfrenado es la consecuencia necesaria de la medianía cultural de nuestro tiempo, pero ¿es posible evitar la caída en las trampas de esa mediación presta a convertirse en mediocridad social y cultural que se gesta en el proceso de la empresa emancipadora cultural? Mientras Enzensberger manifiesta un alto escepticismo por algún efecto positivo de la medianía cultural, Vattimo señala que el advenimiento de la sociedad de los *mass media* con su carga de medianía cultural no implica un reemplazo de la ilustración elitista por mediocridad masificada, y más bien lo que ha permitido es incorporar a la opinión pública nuevas culturas y

3. Gianni Vattimo. *La sociedad transparente*. Paidós, Barcelona, 1990.

4. *Ibidem*, p. 84.

5. Hans Magnus Enzensberger. *Mediocridad y delirio*. Anagrama, 1991, p. 236.

subculturas de toda clase trayendo con ello esperanzas de emancipación a cuya base deberá forjarse la institucionalización de la oscilación, de la pluralidad y de "otro sentido de la realidad".

Vattimo y Enzensberger reflejan dos posturas enfrentadas pero metodológicamente justificables frente a la experiencia de la modernidad que vive la sociedad europea. En Latinoamérica si bien no podemos hablar de sociedades comunicativamente generalizadas, en cambio nada impide recoger los paradigmas teóricos entre quienes discuten las proyecciones de la modernidad para una aproximación analítica que por ahora en nuestras realidades requiere colocarse al margen de la postura apocalíptica o integrada frente a las vinculaciones actuales entre la cultura y la comunicación. Aquí se propone la revisión de dos praxis metodológicamente opuestas que pretenden enfrentar el reto de la modernidad reconociendo el lugar central que tiene la teoría de la comunicación. Por un lado se encuentra el planteamiento de Jurgen Habermas que apunta a alentar una acción comunicativa interlingüística como la mejor manera de propiciar el reforzamiento de las diversidades en un clima de consenso dialógico. De otro lado, la teoría sistémica de Niklas Luhmann supone un llamado de atención a las ciencias sociales acerca de la complejidad que rodea a la sociedad moderna, entendida ésta como un sistema de comunicaciones que tanto necesitan del consenso como del disenso para poder funcionar.

2. LA TEORIA DE LA ACCION COMUNICATIVA

La teoría de la acción comunicativa es una praxis que Jurgen Habermas propone como salida para una modernidad estancada en un proyecto inconcluso. La acción comunicativa deberá reconciliar la modernidad con la razón crítica que le dio origen. La base de reflexión que propone Habermas para superar un tipo de razonamiento fundado en la búsqueda unilateral de finalidades ya sean políticas, económicas o culturales (razón con arreglo a fines) es proceder a conformar una teoría de la razón comunicativa intersubjetiva y generada lingüísticamente. Se trata de rescatar la función crítica (y autocrítica) de la acción política bajo bases más sólidas que las viejas construcciones ontológicas que sólo la argumentación lingüística puede propiciar.⁶

La interacción comunicativa que propone Habermas coloca al observador en una relación interpersonal que le permite referirse a sí mismo desde la perspectiva del otro. Se suprimiría de este modo el voluntarismo en la actitud subjetiva y la conformación de identidades por negación. Los participantes de la acción comunicativa serían productores tanto de las tradiciones en que están como de los grupos solidarios de su pertenencia, propiciand-

6. Miguel Giusti. "Modernidad sin alternativas. Sobre las condiciones de la racionalidad en Jurgen Habermas" en H. Urbano (comp.) *Modernidad en los Andes*. Centro Bartolomé de las Casas, Cusco, 1991, p. 12.

do de ese modo los procesos de socialización de su entorno o ambiente de vida. El mundo de vida, en efecto, se produce y reproduce en la medida en que se cumplen las tres funciones que rebasan la perspectiva de los actores en el acto comunicacional: 1) la prosecución de tradiciones culturales, 2) la integración de grupos a través de normas y valores, y 3) la socialización de la siguiente generación. De ese modo las identidades se conformarían en el sentido universalista ético bajo el que surgió la idea de la modernidad, lo cual quiere decir que

"... se relativiza la propia forma de existencia atendiendo a las pretensiones legítimas de las demás formas de vida, que se reconocen iguales derechos a los otros, a los extraños, con todas sus idiosincrasias y todo lo que en ellos nos resulta difícil de entender, (o) que uno no se empecina en la universalización de la propia identidad"⁷

La propuesta habermasiana apunta a conformar identidades en la medida que se establecen esos mundos de vida comunicativamente estructurados.

La teoría de la acción comunicativa apunta a que las identidades post-nacionales por ella auspiciada se conduzcan hacia una selectiva prosecución de las tradiciones, lo cual significaría pensarlas bajo el filtro de la crítica intersubjetiva. El rol de los medios de comunicación como parte del subsistema cultural de la sociedad sería el de continuar desarrollando el espacio de la opinión pública para impulsar al mismo tiempo la ampliación del mundo de la vida como fenómeno comunicativo. La importancia que el autor otorga a la formación de opinión pública la justifica argumentando que la racionalidad en sus tres complejos (científico, moral y estético) es favorecida a desarrollarse en una sociedad donde la modernización capitalista permite la selectividad de opiniones, y por tanto la comunicación interlingüística, para enfrentar las patologías de la modernidad.⁸ Habermas apuesta en ese contexto a que incluso los medios masivos podrían llegar a convertirse en "espacios públicos autónomos", es decir en espacios no generados y mantenidos por el sistema político sino por los propios consumidores con el fin de procurarse legitimación.

El uso de los medios como probables espacios públicos autónomos requiere en la opinión pública de una actitud objetivadora de la sociedad que sólo la comunicación puede otorgar porque ella implica adoptar una relación respecto a los diferentes dominios de la realidad (ya sea en su nivel objetivo, subjetivo o social). Del grado de comprensión de las normas que

7. Jürgen Habermas, *Identidades nacionales y postnacionales*. Madrid, Tecnos, 1989, p. 117.

8. Thomas McCarthy, "Reflexiones sobre la racionalización en la teoría de la acción comunicativa". En: A. Giddens et al., *Habermas y la Modernidad*. Madrid, Cátedra, 1988.

la opinión pública pueda interiorizar dependerá el éxito en la conversión racional de los medios en otra dimensión de la razón para la comprensión moderna del mundo:

"los centros de comunicación adensada que espontáneamente surgen de los microámbitos de la práctica cotidiana sólo pueden convertirse en espacios públicos autónomos, en la medida que se utilice el potencial que el mundo de la vida posee para la autoorganización y el uso autoorganizado de medios de comunicación".⁹

9. Jürgen Habermas, *El Discurso Filosófico de la Modernidad*, Madrid, Taurus, 1989, p. 430.

El objetivo consensual a partir de una interpretación racional de la acción reglamentada normativamente no es fácil de obtener en el espacio de la opinión pública porque el mundo de la vida, de la cual ésta proviene, tiene parte en el control de las patologías sociales, pero igualmente, y con más complejidad, lo poseen los sistemas políticos y económicos. El mundo o ambiente de vida además depende para actuar de las aportaciones a la acción de ambos sistemas. El fracaso del uso de los medios en tanto espacios públicos autónomos estaría determinado en cuanto esos impulsos provenientes del mundo de la vida profundamente racionalizados, dejando de propiciar la autorregulación de los sistemas funcionales, llegaran a convertirse en una organización formal autonomizada como sistema como producto del rebasamiento de ese umbral. En otras palabras, una resistencia mal conducida cortaría toda la complejidad racional ganada, haciendo perder del mismo el avance de la autoorganización de los procesos de formación de la opinión y voluntades colectivas.¹⁰ De allí la importancia que Habermas otorga a los procesos de interiorización racional, de intercambio lingüístico y de aprehensión de los contenidos normativos de la modernidad en las actitudes tanto colectivas como individuales organizadas preferentemente en opinión pública.

10. *Ibidem*, pp. 430-431.

3. LA TEORÍA SISTÉMICA Y LA TEORÍA DE LA COMUNICACIÓN

El enfoque que pone en cuestionamiento la teoría habermasiana acerca de la posibilidad de la intersubjetividad lingüísticamente generalizada es el esbozado por Niklas Luhmann acerca de los sistemas autorreferencialmente cerrados.¹¹ Mientras Habermas hace hincapié en la importancia de la acción en la sociedad Luhmann contrariamente reacciona contra aquella tradición sociológica del pensamiento que asume a la función como el soporte que mantiene el sistema y postula más bien la importancia central de la comunicación entre los sistemas para la reducción de la complejidad. De tal modo, la sociedad no está formada por

11. Niklas Luhmann, *Ilustración sociológica*, Buenos Aires, Sur, 1973.

hombres sino por las comunicaciones entre ellos en los sistemas. En la teoría sistémica la teoría de la comunicación tiene un rol principal, a tal punto que Luhmann concibe que la sociedad puede existir no tanto por la acción de los sujetos sino por el funcionamiento de los sistemas comunicativamente autorreferenciales.

Los sistemas basan la aceptación o el rechazo de la "reducción de la complejidad" con otros subsistemas o el propio entorno compuesto por los sujetos en el establecimiento o no de relaciones de confianza gracias a la mediación comunicativa. En ese sentido, la teoría sistémica al desligarse de la centralidad del sujeto y proponer todo el consenso como el disenso en la realización de los sistemas innova al mismo tiempo el sentido de la teoría de la comunicación.

La postura de Luhmann de desligar de la teoría de la comunicación la idea de que el orden social se construye en base al consenso apunta a que más bien la comunicación es un proceso selectivo y esa es su única finalidad,

"la comunicación entresaca algo del horizonte de referencias que ella misma constituye y deja el resto al lado. La comunicación en un procesar selecciones".¹²

Si la comunicación produce disenso en los componentes del sistema ello no denota un fracaso en tanto ese acto con los que éste conecta confirma la función selectiva que busca como único fin reducir la complejidad. En esa perspectiva la teoría de la comunicación luhmanniana queda vinculada a un proceso selectivo que consta de tres fases (información, notificación, comprensión) en lugar de inscribirse dentro del conocido binomio emisor-receptor. Los sistemas por tanto no cumplen labores de emisión o recepción, para funcionar únicamente deben referirse a sí mismos y autoproducirse por un "medio" de comunicación (la autopoiesis). El concepto de "medio" de comunicación propuesto por Luhmann es igualmente innovador. El medio de comunicación aparece siempre bajo tres modalidades: 1) el lenguaje, 2) los medios de extensión comunicativa (los medios masivos) y 3) los medios de comunicación simbólicamente generalizados (unidades simbólicas que determinan la variedad de experiencias en el entorno, estos últimos serían cuatro; el poder, el amor, el dinero y la verdad).

Para comprender en la práctica la vinculación entre teoría de sistemas y teoría de la comunicación considérese por ejemplo el caso del funcionamiento comunicativo del subsistema político. El "poder" es el medio de comunicación simbólicamente generalizado de la política donde su forma específica —el poder político— se centra en el Estado. El sistema político estructura su código comunicativo en torno a un par binario cerrado (gobierno-

12. Cita de Luhmann, tomada del ensayo de Alejandro Navas. *La teoría sociológica de Niklas Luhmann*. Pamplona, Eunsa, 1989, p. 188.

oposición) que sólo este sistema puede procesar, pero al mismo tiempo se posibilita una serie de comportamientos abiertos en base a la programación distinta que pueden ofrecer tanto el gobierno como la oposición a partir de sus programas políticos cualquiera sea la naturaleza de éstos. Se puede consentir, apoyando al gobierno, o disentir, colocándose en los espacios de la oposición, pero se es siempre parte del sistema político. La unidad de la diferencia entre el código y el programa político otorga un nivel de independencia al sistema y permite su autorreproducción. El lenguaje político y los medios masivos no hacen sino constituirse en garantía de la autoproducción del medio de comunicación simbólicamente generalizado (el poder). Finalmente, en la medida que los tres modos del medio comunicativo político generan relaciones de confianza, externamente al sistema, con otros dos sistemas que constituyen su entorno, el económico y el jurídico, se cumple el principio de la reducción de la complejidad que garantiza la autorreproducción mutua.¹³

Luhmann posibilita el análisis del poder político en términos no apocalípticos lo cual permite pensar el papel de las relaciones de confianza en la política como otra manera de entablar los problemas de la acción comunicativa desde una perspectiva opuesta a la de Habermas al diluir la promesa de la acción liberadora de la opinión pública y el propio mundo de vida en la selectividad de la comunicación, la descomplejización y la búsqueda de perdurabilidad de los sistemas.

CONCLUSION

La teoría de la comunicación en la época de la medianía cultural (Enzensberger) promovida por los *mass media* está siendo parcialmente reformulada. No han concluido las polémicas entre quienes acusan a los medios de conducir a la sociedad hacia la mediocridad o el empobrecimiento cultural y quienes ven en la constitución de una "sociedad mass-mediática" un probable sendero emancipador de las culturas que hoy tienen un acceso igualitario a la palabra y a la simultaneidad informativa. El futuro sin embargo le depara a la sociedad de la comunicación generalizada un destino oscuro y caótico y en eso coinciden ambas posturas apocalípticas e integradas. En ese contexto, las discusiones tanto filosóficas como sociológicas acerca de los rumbos de la modernidad están contribuyendo a perfilar nuevos retos metodológicos y de análisis a una teoría de la comunicación cada vez más ligada al resto de teorías sociales e inoperante sin el apoyo de éstas. Los sentidos otorgados a la teoría de la comunicación a partir de la teoría de la acción de Jurgen Habermas y la teoría sistémica

13. Ignacio Izúzquiza. *La sociedad sin bombas. Niklas Luhmann o la teoría como escándalo*. Barcelona, Anthropos, 1990, pp. 223-225.

de Niklas Luhmann se han convertido en el trasfondo de uno de los debates más interesantes de la modernidad; si es dable pensar en la necesidad de una emancipación que concluya realizando el proyecto ilustrado moderno o si es necesario preocuparnos por indagar cómo operan comunicativamente los sistemas para mantener en la "jaula de hierro" a los seres humanos. La pertinencia para Latinoamérica de estos pareceres que buscan apoyarse en una gran teoría sociológica es indudable porque interiorizan la necesidad de corregir una praxis emancipadora, ya sea elitista o populista, que se acostumbró a pensar las soluciones de los problemas estructurales en base a la exclusión de la identidad o alteridad ajena. Debe abandonarse la política comunicacional pensada como una estrategia de guerra por una estrategia de convivencia democrática que dé paso a un mesurado análisis de la sociedad, del poder, los sistemas sociales y los ambientes de vida en el cual se da la competencia comunicativa de los medios. Si la democracia comunicativa requiere de utopías, éstas deben seguirse elaborando ahora a sabiendas de que estamos viviendo un mundo autorregulado por la información.